

Spanish Exam, Spring 15

1.

CANCIONES DEL ALMA

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!,
matando muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba oscuro y ciego
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!

2. Antonio Muñoz Molina, *Ventanas de Manhattan* (2004)

Me he olvidado de la cara del contrabajista, pero no de la del batería: era un hombre calvo, mayor, de párpados carnosos y mejillas caídas, de orejas grandes, con el labio inferior grueso y mojado, con una gran barriga floja y el desaliño de un jubilado. El espacio en el que tocaban era muy estrecho, y este hombre grande de corpulencia decaída abarcaba entre las dos piernas su ascético instrumento, tan sólo un tambor, un bombo pequeño y unos platillos, ante los cuales permanecía como adormilado cuando esperaba la señal para el comienzo de una canción o cuando alguno de los otros músicos hacía un solo. Pero cómo tocaba cuando llegaba el momento, cómo parecía regresar a la vida, sin apenas moverse, sin abrir del todo los ojos, sin desprenderse de su somnolencia, del ensimismamiento en el que existía para él la música, con qué precisión marcaba el compás, amortiguando el choque de los platillos y el golpe del bombo para no atronar el aire en quel espacio tan cerrado y no interferir con las sonoridades más débiles de los otros músicos. Casi abarcaba del todo entre sus largas piernas separadas el bombo y el tambor, sobre el que deslizaba giratoriamente las escobillas, y al posarlas sobre los patillos lograba un rumor metálico tan delicado como el de las gotas diminutas de lluvia sobre un alero de cinc. No daba golpes bruscos, modulaba la resonancia de los platillos cóncavos de metal y de la piel tensada de los tambores extrayendo de ellos los indicios no sólo de un ritmo sino casi una melodía, casi de una voz arenosa que hablaba en voz baja. De pronto cambiaba el ritmo al final de una estrofa, se hacía más veloz pero no menos sigiloso, con la instantánea destreza con que saltan sobre un tapete verde los naipes desplegados por un jugador, y aunque ahora el baterista usaba los palillos y el compás era mucho más rápido, persiguiendo hacia arriba, junto al contrabajo, las filigranas del piano, como pájaros que ascendieran muy alto, su cara permanecía impasible, los pesados párpados entornados, quizás con un temblor ligero en las mejillas carnosas, con un gesto parecido a un reflejo de dolor contrayéndole el labio grueso y colgante, del que quizás no mucho tiempo atrás hubiera pendido un cigarrillo. Apenas abría los ojos y no necesitaba mirar al pianista para mantener con él una infalible sincronía mediante signos que yo no sabía advertir, y sin duda mediante una complicidad de muchos años, no sólo dictada por el virtuosismo y la inspiración improvisadora, sino por la rutina y la duración de las jornadas laborales de los músicos, en las que el aficionado, sobre todo el aficionado europeo, no piensa mucho, porque tiene una idea exclusivamente poética del jazz, abstracta, alimentada por la belleza intemporal y también incorpórea de los discos, de modo que no repara en los que hay de oficio y puro trabajo con largos horarios y sin demasiado fruto en las vidas de la mayoría de los *jazzmen*: eso se notaba cuando al final de una canción miraban sin disimulo el reloj, sin complacerse mucho en los aplausos, y empezaban a cubrir el piano, a desmontar la batería, a guardar en su funda de cuero el arco del contrabajo, gente cansada que ha terminado a deshora su turno laboral y echa el cierre del taller y deja en su sitio las herramientas con el automatismo de la que se hace todos los días y el alivio de salir a la calle.